

En medio de todo aquel desórden ocurría en Roma una cosa estraña y que parecía un espectáculo ofrecido al pueblo para hacerle creer en los hermosos tiempos de la República.

Aquel espectáculo era Caton quien lo ofrecía.

Caton era una especie de bufon sério, al cual era permitido hacer y decir cuanto quería. Divertía al pueblo mas bien que era amado de él, y el pueblo no pasaba por las calles sin túnica y descuidado á ver. Caton profetizaba; pero con sus precalzo. Además, lo que con las de Casandra, que dicciones sucedía nadie las escuchaba.

Cuando Pompeyo había contribuido á hacer dar á las Galias, Caton lo había apostrofado en medio de la

—Ah! le dijo, sin duda estás cansado de tu grandeza, Pompeyo, puesto que así te pones bajo el yugo de César..... No notas ahora el fardo, lo sé; pero en cuanto empieces á sentirlo, cuando veas que no puedes soportarlo, lo dejarás caer sobre Roma. Entonces recordarás los avisos de Caton y conocerás que eran honrados, justos, y que te tenían cuenta.

Pompeyo se habia encogido de hombros prosiguiendo su camino. Hallándose encima del rayo, ¿cómo podia ser herido por él?

Una vez nombrado tribuno, Clodio habia comprendido que jamas seria dueño de Roma mientras Caton permaneciese allí. Así, pues, lo mandó llamar.

Caton obedeció, siendo así que habia de negarse á ir á ver á un rey. Para Caton la ley era todo; el tribuno lo llamaba y, fuera Clodio ó cualquier otro, obedecía la órden.

—Caton, le dijo Clodio, te tengo por el hombre mas puro y mas honrado de Roma.

—Bueno, contestó Caton.

—Sí, replicó Clodio, y quiero darte una prueba de ello. Muchos me piden con instancias que los envíe á mandar en Chipre; yo te creo á tí el único digno de ese gobierno y te lo ofrezco.

—¿Dices que me ofreces el gobierno de Chipre?

—Sí.

—¿A mí, á Caton?

—A tí, á Caton.

—Me niego á aceptarlo.

—¿Por qué?

—Porque es un lazo; quieras alejarme de Roma.

—¿Y qué?

—Que yo quiero permanecer aquí.

—Bueno, contestó Clodio; pero te advierto que si no vas de buen grado iras á la fuerza.

Y dirigiéndose en seguida á la asamblea del pueblo, hizo espedir la ley que nombraba á Caton gobernador de Chipre.

No habia ya modo de rehusar, y Caton aceptó.

Tenia eso lugar en medio de los disturbios que habian ocurrido á causa de Ciceron; fué á ver á este, que estaba todavía en Roma, le rogó que no excitase al pueblo á la sedicion y en seguida partió; pero Clodio no le dió buques ni tropas, ni oficiales públicos; únicamente dos alguaciles, uno de los cuales era un ladron conocido de todo el mundo y el otro un protegido suyo.

Caton tenia orden de espulsar de Chipre al rey Ptolomeo, al cual no se debe confundir con su homónimo Ptolomeo Auletes, el tocador de flauta, que á su vez era rey de Egipto; ademas debia llamar á Bizancio á todos los que de allí habian sido desterrados. El objeto de esas diferentes comisiones era

tener á Caton alejado de Roma durante todo el tiempo del tribunado de Clodio.

Provisto de tan débiles medios, Caton comprendió que debia obrar con prudencia.

Se detuvo en Rodas y envió por delante á uno de sus amigos llamado Canidio, á fin de hacer que Ptolomeo se retirase sin combatir.

Entonces tuvo con el rey de Chipre la misma suerte que habia tenido Pompeyo con Mitrídates; la respuesta de Canidio fué que Ptolomeo acababa de envenenarse dejando tesoros considerables.

Ya hemos dicho que Caton debia ir á Bizancio; ¿qué seria de aquellos tesoros en otras manos que las suyas?

Echó una mirada alrededor, y sus ojos se fijaron en su sobrino Marco Bruto.

Es la primera vez que nombramos á ese jóven, hijo de Servilia y que pasaba por sobrino de César.

El papel que va á desempeñar nos obliga á detenernos en el mismo momento en que la historia pronuncia su nombre.

Bruto tenia en aquella época sobre veintidos años; pretendia descender del famoso Junio Bruto á quien los romanos habian erigido en el Capitolio una estatu de bronce, que tenia una espada desnuda en la mano, para indicar que habia destruido para siempre

el poder de los Tarquinos. Sin embargo, ese origen le era muy contestado por los d'Hozier de entonces. ¿Cómo podía, en efecto, descender de Junio Bruto, si este había hecho cortar la cabeza á sus dos hijos?

Es verdad que Posidonio el filósofo dice que, además de esos dos tenía otro, demasiado jóven para haber tomado parte en la conjuración, y que ese, que sobrevivió á sus hermanos y á su padre, fué el antepasado del Bruto moderno.

Los que negaban esa filiación, decían, por el contrario, que Bruto era de raza plebeya, hijo de otro Bruto, simple mayordomo de casa particular y cuya familia no había llegado á los honores de la República sino desde hacía muy poco tiempo.

Por su parte Servilia, madre de Bruto, hacía remontar su origen á aquel Servilio Ahala, que viéndose á Spurio Melio aspirar á la tiranía y fomentar disturbios entre los ciudadanos, cogió un puñal y se fué con él al Forum. Una vez allí, habiéndose asegurado de que era verdad lo que se decía, se acercó á Spurio con pretexto de comunicarle un negocio importante, y en el momento de inclinarse aquel para oírle, le dió un golpe tan seguro que lo dejó en el sitio.

Eso había ocurrido trescientos ochenta años antes, sobre poco más ó menos, esto es, el de 438 de Jesucristo.

Esa parte de la genealogía de Bruto era generalmente admitida.

El jóven era de carácter dulce y grave. Había estudiado filosofía en Grecia, leyendo y comparando todos los filósofos y fijándose como modelo en Platon. Profesaba gran estimación á Antioco el Ascalonita, jefe de la antigua Academia, y Ariston, su hermano, era su amigo y su comensal.

Bruto hablaba la lengua griega al igual de la latina, como hacían todos los jóvenes distinguidos de su época; tenía, además, cierta elocuencia y había abogado con éxito.

Cuando á Caton se le ocurrió servirse de él para librar del pillage los tesoros de Ptolomeo, se hallaba en Panfilia convaleciendo de una grave enfermedad.

Al pronto le repugnó la misión; según él, su tío hacía un insulto á Canidio dándole por inspector un jóven de veintidos años. Sin embargo, como veneraba en alto grado á Caton, obedeció.

El mismo hizo el inventario de todos los objetos, y Caton llegó cuando fué preciso proceder á la venta.

La vajilla de oro y plata, los cuadros, las piedras preciosas, las telas de púrpura, todo fué tasado por el mismo Caton. Mas aún: queriendo que todos los objetos se vendiesen por su valor real, los pujó personalmente, á fin de hacerlos llegar á la cantidad en que se habían estimado.

El producto de la venta y las cantidades recogidas en el tesoro ascendieron á cerca de siete mil talentos, ó sean ocho millones de pesos de nuestra moneda.

Caton habia tomado toda clase de precauciones á fin de que aquellas sumas llegasen á Roma sin accidente alguno; temiendo un naufragio habia hecho hacer cajas, cada una de las cuales contenia dos talentos y quinientas dracmas, ó sean unos mil cincuenta pesos, despues habia hecho fijar en cada caja una larga cuerda en cuyo extremo se habian colocado pedazos de corcho, á fin de que en caso de cualquier emergencia flotasen estos é indicasen el punto en que estaban las cajas. Ademas, hizo tomar nota en dos registros diferentes, de todo lo que habia recibido y gastado durante su gobierno; uno de ellos le entregó á Philargiro su liberto, y el otro lo guardó él mismo.

Pero á pesar de aquellas precauciones, quiso la casualidad que ambos registros desapareciesen á la vez. Philargiro se embarcó en Cenchrea, naufragó y perdió el suyo con todos los objetos confiados á su cuidado. Caton, por su parte, conservó el otro intacto hasta Corcira; pero habiendo hecho colocar allí sus tiendas en la plaza pública, los marineros encendieron un gran fuego, este se comunicó á las tiendas y el registro pereció en el incendio.

Uno de sus amigos mostró afligirse por aquel accidente.

—Yo no redacté esas cuentas para probar mi fidelidad, contestó Caton, sino para dar ejemplo á los otros de una severa exactitud.

Cuando se supo en Roma su llegada, todo el pueblo le salió al encuentro á lo largo del rio.

Al ver aquella flota,—pues Caton, que habia partido con un solo buque, volvia con una flota verdadera,—al verla, decimos, y al pueblo siguiéndola, se hubiera creido que tenia lugar un triunfo.

Quizá hubiera sido un acto de modestia de parte de Caton el detenerse en el punto en que encontró á los cónsules y á los pretores; pero no creyó deber hacer eso. Continuó remontando el Tiber á bordo de la galera real de Ptolomeo, que tenia seis órdenes de remos, y no se detuvo sino cuando hubo asegurado la flota en el arsenal.

Por mas partidarios que seamos de Caton, no podemos menos de manifestar á nuestros lectores que aquella inesperada prueba de orgullo, dada por el ilustre estóico, causó al pronto muy mal efecto en sus conciudadanos.

Pero cuando vieron pasar á través del Forum las inmensas cantidades de oro y plata que habia traído consigo, contra todos los hábitos proconsulares, la

admiración que causó su desinterés disipó las prevenciones que habia inspirado su orgullo.

Ademas, no le escasearon los honores.

El Senado se reunió y le concedió la pretura extraordinaria, con privilegio de asistir á los juegos vistiendo una túnica bordada de púrpura.

Pero Caton, que sin duda estaba ya arrepentido de lo que acababa de hacer, rehusó aquellos honores y pidió únicamente la libertad de Niciar, intendente del difunto rey Ptolomeo, elogiando su celo y fidelidad. Escusado es decir que el Senado se lo concedió.

Hé ahí lo que hacia Caton mientras César empezaba su campaña de las Galias y Ciceron lloraba su destierro en Tesalónica.

Véamos ahora qué hacian Craso y Pompeyo, ó, mas bien, lo que hacia Clodio.

IV

Craso permanecia lo mas tranquilamente posible, escudado como estaba por César y por Pompeyo; ademas no deseaba mas que una cosa, el proconsulado de Siria. Su sueño era hacer la guerra á los Partos, en cuyo país veía una fuente inagotable de depredaciones.

Pompeyo, enamorado fuera de la edad propia de esa pasion, pasaba todo el tiempo al lado de su jóven esposa sin cuidarse de lo que ocurría.

Clodio, pues, echando los ojos á su alrededor, se veía el único dueño de Róma; Ciceron estaba en Tesalónica y Caton en Chipre.

Sin embargo, hallándose allí Pompeyo, no sabia aún hasta dónde podia llegar su poder y resolvió asegurarse de ello.